El Hijo de Dios era todo para la nación judía; era su padre y su madre, era también su esposo, mas un esposo cuya paciencia y bondad no podemos comprender. "Si un marido repudia á su mujer—dijo el Señor—y ésta toma otro esposo, el marido, ¿volverá jamás á recibirla, y la mujer no quedará contaminada? Tú te has entregado á muchos amantes; esto no obstante vuélvete á Mí, que Yo te recibiré... Conviértete, oh rebelde Israel, que no torceré mi rostro para no mirarte, pues soy santo y no conservaré siempre mi enojo (1).

Después de tan ardientes y amorosas expresiones, parécenos que el amor no tendrá que decir una palabra más; mas esto no es así, aparece el Hijo de Dios sobre la tierra, y habla por sí mismo á los judíos, con tan dulces expresiones que pudieran ablandar hasta las piedras:—¡Jerusalén, Jerusalén, que das muerte á los Profetas y apedreas á los que á ti son enviados! ¡Cuántas veces quise recoger á tus hijos, como recoge á sus polluelos la gallina y los cubre con sus alas y tú no has querido!„ (2).

Este amor del buen Jesús llegaba en su ternura hasta las lágrimas. Al acercarse á Jerusalén y viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: "¡Si conocieses también tú, por lo menos en este día, que te se ha dado lo que puede atraerte la paz; mas ahora todo está oculto á

(1) Hierem., III, 1-12.
(2) Matth., XXIII, 37.

tus ojos! Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, te rodearán de contramuro, te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos que estén en tu recinto, no dejando en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado (1).

Al contemplar el amor de Jesucristo para con el pueblo judío, ese amor tan grande y generoso, tan lleno de ternura y de constancia, casi nos atrevemos á hacer esta pregunta: ¿Habrá quedado en el Corazón dulcísimo del Salvador algún afecto para el pueblo gentil, ó tendremos que decirle, oprimidos de dolor y de tristeza, como Esaú á su padre: "No has reservado alguna bendición para nosotros... ¿Ó no tienes sino una sola bendición? Bendícenos, querido Padre, así te lo rogamos„ (2). Mas no tiene lugar semejante pregunta, pues bien sabemos que los tesoros de amor y gracia, de clemencia y bondad del Hijo de Dios son infinitos. "¿Es acaso Dios solamente de los judíos?—preguntaba San Pablo.—¿No es también Dios de los gentiles? Sí, por cierto, también es de los gentiles; porque uno es realmente el Dios que justifica por medio de la fe á los circuncidados, y por medio de esta misma fe también justifica á los incircuncisos„ (3). Dice también el Após-

(1) Luc., XIX, 41-44.
(2) Génes., XXVII, 36-38.
(3) Rom., III, 29-30.

tol que nadie puede quejarse si Dios, queriendo mostrar en unos su justo enojo y hacer patente su poder, sufre con mucha paciencia á los que son vasos de ira dispuestos para la perdición, á fin de manifestar las riquezas de su gloria en los que son vasos de misericordia que El preparó para la gloria, y ha llamado á ella como á nosotros, no solamente dentro de los judíos, sino también dentro de los gentiles, conforme á lo que dice por Oseas: "Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y amado, al que no lo era, y objeto de misericordia al que no había alcanzado misericordia.„ Y en el mismo lugar en que se les dijo: "Vosotros no sois mi pueblo, allí serán llamados hijos de Dios vivo„ (1).

Volvamos á nuestro asunto. En virtud de su amor á los judíos, Jesucristo les hablaba diversas ocasiones, manifestándoles que El era el Mesías que esperaban hacía tantos siglos, y que Dios les había prometido para que fuesen la gloria de los hijos de Israel. Una vez les habló en los términos siguientes:—"¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?—Ellos le contestaron:—De David.—¿Pues cómo David en espíritu le llama su Señor—replicó el divino Maestro,—cuando dice: "Dijo el Señor á mi Se„ñor: Siéntate á mi diestra mientras yo pongo „á tus enemigos por peana de tus pies?„ Si David le llama su Señor, ¿cómo puede ser su hijo?„ (2).

(1) Rom., IX, 22-26.
(2) Matth., XXII, 42-45.

"Yo nací de Dios—dijo también á los judíos—y he venido á Dios; no he venido de Mí mismo, sino que Él me ha enviado. ¿Por qué, pues, no entendéis mi lenguaje? Es porque no podéis sufrir mi Doctrina... A Mí no me creéis porque os digo la verdad... Y si os la digo, ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios„ (1).

—"¿Hasta cuándo has de tener suspensa nuestra alma? Si Tú eres el Cristo, dínoslo claramente.—Á esta pregunta que le hicieron los judíos, el Señor contestó:—Os lo estoy diciendo y no lo creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de Mí; mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas conocen mi voz, y Yo las conozco, y ellas me siguen, y Yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Lo que mi Padre me ha dado todo lo sobrepuja, y nadie puede arrebatarlo de su mano. Mi Padre y Yo somos una misma cosa.—Al oir esto los judíos cogieron piedras para apedrearle, mas Jesús les dijo: —Muchas obras buenas he hecho delante de vosotros, por la virtud de mi Padre; ¿por cuál de éstas me queréis apedrear?—No te apedreamos por ninguna obra buena—contestaron los judíos,—sino por la blasfemia, porque siendo Hombre, como eres, te haces Dios.—El Señor

(1) Joann., VIII, 42-47.

les dijo entonces:—¿No está escrito en vuestra Ley: "Yo dije sois dioses„? Pues si llamé dioses á quienes Dios habló, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de Mí, á quien ha santificado el Padre y ha enviado al mundo, decís que blasfemo, porque he dicho soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, cuando no queráis darme crédito á Mí, dádselo á mis obras, á fin de que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre„ (1). ¡Oh, qué testimonio tan brillante como irrecusable! Las palabras del divino Maestro llenas están de claridad, y nadie consigue que las cambie. ¿Qué importa que quieran apedrearle?

Jesús nació para dar testimonio á la verdad, y no puede negarse á sí mismo. Él es la verdad; lo ha dicho y jamás lo negará: "Yo y el Padre somos una misma cosa. El Padre está en Mí y Yo en el Padre. Yo salí del Padre.„

Para probar lo que Jesús afirma con tanta claridad, su Majestad invoca el testimonio de sus obras; allí está el Poder de Dios revelándose en toda su magnificencia; allí los enfermos á quienes Jesús concede la salud, y los obsesos que quedan libres del demonio, y los muertos que vuelven á la vida al imperio de la voz de aquel que ha dicho: "Yo soy la resurrección y la vida.„ Y si Él no lo fuera, si lo que Él afirma no fuese la verdad, no estaría en sus

(1) Joann., X, 24-38.

manos la omnipotencia de su Padre, que no puede apoyar la mentira; por esto el pueblo judío debió recibirle como el Mesías verdadero, y al no hacerlo, al desecharlo diciendo que no tenía otro Rey que al César, se manchó con el más grande de todos los crímenes; por esto, con toda verdad y justicia, decía nuestro Señor: "Si Yo no hubiera venido y les hubiera predicado, no tuvieran culpa; mas ahora no tienen excusa de su pecado„ (1). "El que me aborrece á Mí aborrece también á mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos las obras que ningún otro ha hecho, no tendrían culpa; mas sin embargo, me han aborrecido á Mí y á mi Padre.„

Á la claridad de sus palabras añade la firmeza más incontrastable. Apoya cuanto dice en testimonios que los judíos no pueden rechazar. He aquí las palabras de Jesús: "Si Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio no es idóneo, podéis decir vosotros; mas hay otro que da testimonio de Mí, y sé que este testimonio es suficiente. Vosotros enviasteis á preguntar á Juan, y él dió testimonio á la verdad. Bien es verdad que no he menester testimonio de hombre, mas lo digo para vuestra salvación. Juan era una antorcha que ardía y brillaba, y vosotros, por un breve tiempo, quisisteis mostrar regocijo á vista de su luz. Yo tengo á

(1) Joann., XV. 22-24.

mi favor un testimonio superior al de Juan, porque las obras que el Padre puso en mis manos para ejecutarlas, esas obras maravillosas que Yo hago, dan testimonio de que el Padre me ha enviado. El Padre da testimonio de Mí. Vosotros no habéis oído su voz, ni habéis visto su semblante, ni tenéis impresa su palabra dentro de vosotros, pues no creéis á quien Él ha enviado. Registrad las Escrituras, puesto que creéis hallar en ellas la vida eterna; ellas dan testimonio de Mí; y con todo, no queréis venir á Mí para alcanzar la vida... No penséis que Yo os he de acusar delante de mi Padre; vuestro acusador es Moisés, en quien confiáis, porque si creyeseis á Moisés, acaso me creeríais también á Mí, pues él escribió de Mí; pero si no creéis lo que él escribió, ¿cómo habéis de creer lo que Yo os digo?„ (1).

Á la claridad y á la firmeza que brillan á una en los testimonios de Jesús, su Majestad añade las insinuaciones del amor. Después de haber dicho á los judíos que en las Escrituras hallarían el testimonio de su divinidad, agrega esta palabra: "Y con todo eso no queréis venir á Mí para alcanzar la vida...„ Tales expresiones nos revelan el interés de nuestro amadísimo Señor por la salud de los judíos. Cuando éstos le dijeron en otra ocasión: "¿Quién es ese Hijo del hombre?„ Su Majestad les contestó:

(1) Joann., V, 31-47.

"La luz todavía está con vosotros por un poco de tiempo. Caminad, pues, mientras tenéis luz para que las tinieblas no os sorprendan, pues quien anda entre tinieblas no sabe adonde va. Mientras tenéis luz creed en la luz para que seáis hijos de la luz„ (1).

"Que el Dios que tanto amó á los hijos de Israel aparte el velo que cubre sus corazones para que le conozcan y confiesen por el Mesías verdadero, y hallen en Él la vida eterna, y entonces el pueblo judío y el gentil sean un solo cuerpo que viva animado por el espíritu de Jesucristo, que es nuestra paz, y que de esos dos pueblos—dice San Pablo—ha hecho uno, rompiendo, por medio del sacrificio de su Carne, el muro de separación, de la enemistad que los dividía; aboliendo con sus preceptos evangélicos la ley de los ritos y ceremonias legales para formar en sí mismo de dos un sólo hombre nuevo, haciendo la paz y reconciliándolos en un sólo Cuerpo con Dios por medio de la Cruz, destruyendo en sí mismo la enemistad de entrambos, pues vino á evangelizar á los gentiles que estaban lejos y á los judíos que estaban cerca, y por El es por quienes todos tenemos acceso al Padre, unidos en el mismo espíritu, y por esto ya no somos extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, estando edificados sobre el fun-

(1) Idem, XII, 34-36.

damento de los Apóstoles y Profetas en Jesucristo, el cual es la piedra angular sobre quien, trabado todo el edificio, se alza para ser un Templo santo del Señor„ (1).

(1) Ephes., II, 14-21.

CAPÍTULO XIII

Jesucristo y su Iglesia.

I

El Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño, y mientras estaba dormido, le sacó una costilla y llenó de carne aquel vacío; y de la costilla que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer, y al verla Adán, exclamó: —Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne... — Por lo cual, dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne„ (1).

En aquel misterioso sueño ó éxtasis, Adán conocía lo que pasaba en aquellos momentos y el misterio que encerraba la formación de Eva; su matrimonio natural con ella, y el místico de Jesucristo con su Iglesia (2).

(1) Genes., II, 21-24.
(2) A. Lápide hic.